

Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aquí está Don Quirieleison de Montalvan, valeroso caballero, y su hermano Tomás de Montalvan y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora emperatriz enamorada de Hipólito su escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros y duermen y mueren en sus camas y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros deste género carecen. Con todo eso os digo que merecía el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos los días de su vida. Llevalde á casa y leelde, y vereis que es verdad cuanto dél os he dicho.—Así será, respondió el barbero; pero ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan?—Estos, dijo el cura, no deben de ser de caballería, sino de poesía.” Y abriendo uno vió que era la *Diana* de Jorge de Montemayor, y dijo (creyendo que todos los demás eran del mismo género): “Estos no merecen ser quemados como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho, que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero.—¡Ay señor! dijo la sobrina; bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demás; porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballeresca, leyendo estos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y, lo que sería peor, hacerse poeta, que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza.—Verdad dice esta doncella, dijo el cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasion delante. Y pues comenzamos por la *Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sábia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros.—Este que se sigue, dijo el barbero, es *La Diana*, llamada *Segunda*, del Salmantino; y este otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo.—Pues la del Salmantino, respondió el cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo: y pase adelante, señor compadre, y démonos prisa, que se va haciendo tarde.—Este libro es, dijo el barbero abriendo otro, *Los diez libros de Fortuna de Amor*, compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo.—¡Por las órdenes que recibí! dijo el cura, que desde que Apolo fué Apolo y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el mas único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo, y el que no le ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio mas haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia.” Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió

diciendo: “Estos que se siguen son *El Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares*, y *Desengaño de zelos*.—Pues no hay mas que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el por qué, que sería nunca acabar.—Este que viene es *El Pastor de Filida*.—No es ese pastor, dijo el cura, sino muy discreto cortesano; guárdese como joya preciosa.—Este grande que aquí viene se intitula, dijo el barbero, *Tesoro de varias poesias*.—Como ellas no fueran tantas, dijo el cura, fueran mas estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene: guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heroicas y levantadas obras que ha escrito.—Este es, siguió el barbero, *El Cancionero* de Lopez Maldonado.—Tambien el autor dese libro, replicó el cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta: algo largo es en las églogas; pero nunca lo bueno fué mucho: guárdese con los escogidos. Però ¿qué libro es ese que está junto á él?—La *Galatea* de Miguel de Cervantes, dijo el barbero.—Muchos años há que es grande amigo mio ese Cervantes, y sé que es mas versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenelde recluso en vuestra posada, señor compadre.—Que me place, respondió el barbero; y aquí vienen tres todos juntos: *La Araucana* de Don Alonso de Ercilla, *La Austriada* de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y *El Monserrat* de Cristóbal de Virues, poeta valenciano.—Todos estos tres libros, dijo el cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia; guárdense como las mas ricas prendas de poesía que tiene España.” Cansóse el cura de ver mas libros, y así á carga cerrada quiso que todos los demás se quemasen; pero ya tenia abierto uno el barbero, que se llamaba *Las Lágrimas de Angélica*. “Lloráralas yo, dijo el cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fué felicísimo en la traduccion de algunas fábulas de Ovidio.”